

Dioses y héroes de la mitología griega

Ana María Shua

Ilustraciones de Fernando Falcone



loqueleg

¿Otra vez los mitos griegos?

Y otra. Y otra. Siempre los mitos griegos (y romanos, que son más o menos los mismos con otros nombres). Porque son extraños y maravillosos, pero también familiares y cercanos. Porque están vivos. Porque seguimos hablando de ellos, porque los tenemos incorporados al idioma (¿acaso a un hombre forzudo no se le llama *un hércules*?, ¿acaso las palabras *Eros* o *Venus* no siguen evocando al amor y al deseo?), porque son la fuente de la que seguimos nutriéndonos los escritores, los guionistas de cine, los inventores de historias del mundo entero, y también los pintores, los arquitectos, los músicos. En los dibujos animados, en las películas de aventuras, en las estatuas, en los edificios, los mitos griegos y romanos están presentes y nos saludan (o nos acechan) todos los días.

Cada época ha sentido la necesidad de volver a contar a su manera, de acuerdo con su propia sensibilidad, estas historias en las que parecen concentrarse al mismo

tiempo todo el poder de la fantasía y todas las contradicciones de la razón y la sensibilidad humanas. Yo las leí por primera vez en un libro para chicos que estaba muy de moda allá por los años cincuenta del siglo pasado: *El Tesoro de la Juventud*. Y me enamoré para siempre de los héroes y los dioses, pero también de los monstruos, con sus múltiples cabezas, su aliento de fuego, sus cabellos de serpiente. Por eso sentí una enorme alegría cuando empecé a leer y estudiar los mitos para tratar de escribirlos una vez más a la manera del siglo xxi. Ojalá haya logrado transmitir a mis lectores una pequeña parte del terror, la emoción y la felicidad que me provocan estas historias extraordinarias.

Síganme. Les propongo entrar al más extraño y oscuro de los laberintos: el de la imaginación humana.

Ana María Shua

Así comenzó el Universo

Antes que todas las cosas, en el comienzo de todos los comienzos, sólo existía el Caos infinito: la confusión y el desorden de lo que no tiene nombre.

Y del Caos surgió Gea, la Madre Tierra, enorme, hermosa y temible. Como Gea se sentía muy sola, quiso tener un marido a su medida. Pero ¿quién podía ser tan inmenso como para abrazar a la Tierra entera? Ella misma creó, entonces, el Cielo Estrellado, que es tan grande como la Tierra y todas las noches la cubre, extendiéndose sobre ella. Y lo llamó Urano.

Gea y Urano, es decir, la Tierra y el Cielo, tuvieron muchos hijos. Primero nacieron doce Titanes, varones y mujeres. Después nacieron tres Cíclopes, gigantes con un solo ojo en medio de la frente. Los Cíclopes fueron los dueños del Rayo, el Relámpago y el Trueno. Y finalmente nacieron los tres Hecatónquiros, monstruos violentos de cincuenta cabezas y cien brazos.

Urano desconfiaba de sus hijos: temía que uno de ellos lo despojara de su poder sobre el Universo. Y por eso no

les permitía ver la luz. Los mantenía encerrados en las oscuras profundidades de la Tierra, es decir, en el vientre de su propia madre. Ese lugar oscuro y terrible se llamaba el Tártaro. Gea, inmensa, pesada, no soportaba ya la tremenda carga de tantos hijos aprisionados dentro de su cuerpo y sufría también por ellos y por su triste destino.

—Sólo ustedes pueden ayudarme, hijos míos —les rogó—. Con esta hoz mágica que yo misma fabriqué, deben enfrentarse a Urano. ¡Ya es hora de que pague por sus maldades!

Pero los hijos, aunque eran enormes y poderosos, se sentían pequeños frente a su padre, el inmenso Cielo Estrellado, y no se atrevían a asomarse fuera de la Madre Tierra. Sólo el joven Cronos, el menor de los Titanes, un malvado de mente retorcida, estuvo dispuesto a ayudarla. Pero no fue sólo por amor a su madre, sino porque, tal como lo temía Urano, planeaba quedarse con todo el poder.

Una noche, cuando Urano, el Cielo Estrellado, llegó trayendo consigo a la oscuridad, y cayó sobre la Tierra, envolviéndola en su abrazo, su hijo Cronos le cortó los genitales con la hoz que su madre le había entregado y los arrojó al mar. En ese lugar, rodeada de espuma, nació la más hermosa de las deidades, Afrodita¹, la diosa de la belleza y el amor.

¹ Para más información sobre Afrodita, ir a la pág. 182.

—¡Maldito seas! —gritó Urano, enloquecido de dolor—. ¡Yo te condeno a que uno de tus propios hijos te destruya, como hiciste conmigo!

Entretanto, Cronos le había prometido a su madre liberar a todos sus hermanos de las profundidades del Tártaro, donde estaban encadenados. Pero cuando vio a los Cíclopes y a los Hecatónquiros, de aspecto tan aterrador, decidió que era mejor volver a encadenar a esos monstruos. Sólo los Titanes, los más parecidos a él, quedaron libres y lo ayudaron a gobernar.

Urano no murió, pero ya no tenía el poder. Ahora era Cronos, el joven Titán de mente retorcida, el que reinaba sobre el Universo.

Los hijos de Cronos

Después de destronar a su padre, el joven titán Cronos se casó con la titánida Rea, la de hermosos cabellos. Tuvieron seis hijos.

Pero Cronos no olvidaba la maldición de su padre Urano. Con su mente malvada y retorcida, decidió que ninguno de sus pequeños crecería lo suficiente como para enfrentarse con él. Simplemente, se los comería vivos.

Y así fue. Primero nació la pequeña Hestia². Su madre apenas había comenzado a envolverla en pañales cuando Cronos la tomó con sus enormes manos y la devoró en un instante. Rea, la de hermosos cabellos, no podía creer lo que había pasado. Su corazón sangraba de dolor.

Uno por uno, Cronos fue devorando a sus hijos. Deméter, Hera, Hades, Poseidón... apenas alcanzaba la madre, desesperada, a ponerles nombre, cuando ya se habían convertido en monstruoso alimento para su padre.

² Para más información sobre Hestia, ir a la pág. 189.

Rea estaba en su sexto embarazo cuando pidió ayuda a su madre, Gea, para salvar a ese bebé. ¡Aunque fuera uno solo de sus hijos tenía que escapar a ese horrendo destino! Siguiendo los consejos de su madre, Rea le dijo a su marido que debía hacer un viaje a la isla de Creta. Allí, en medio de un bosque espeso había una profunda caverna, donde se ocultó la titánida para parir a Zeus³, el menor de sus hijos. Gea, la Madre Tierra, se hizo cargo del pequeño. Una cabra le daba su leche y las abejas del monte destilaban para él la miel más exquisita.

Entretanto, Rea volvió con su marido, quejándose como si estuviera sufriendo en ese momento los dolores del parto. Poco después le entregó a Cronos lo que parecía un bebé, su sexto hijo. Cronos se lo tragó sin dudar un segundo. Sólo le pareció que este hijo resultaba más pesado que los anteriores: lo que le había dado su esposa era una enorme piedra envuelta en pañales.

Zeus creció rápidamente y en sólo un año se había convertido en un dios adulto y poderoso. Su abuela Gea tenía preparado un plan para librarse del malvado Cronos. Pero antes era necesario que Zeus recuperara a sus hermanos. Con ayuda de Rea, hicieron tragar a Cronos una poción mágica que lo obligó a devolver a la vida a todos los hijos que había devorado. Así, convertidos ya en adultos, en toda su fuerza y majestad, se desprendieron de la carne de

³ Zeus, dios máximo del Olimpo. Para más información, ir a la pág. 181.

Cronos los hermanos de Zeus. De este modo, volvieron a la vida Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón⁴, y se fueron a vivir junto a Zeus, en lo alto del monte Olimpo. Debían prepararse para la guerra que se avecinaba. ¡Cronos pagaría por su maldad!

⁴ Deméter es la diosa de la tierra cultivada; Hera, la diosa del matrimonio y de la fidelidad; Hades, el dios de los muertos, y Poseidón, el dios de los mares. Para más información, consultar las págs. 187, 186, 184 y 183, respectivamente.

La guerra de los Inmortales

Las profecías aseguraban que Zeus sería el rey de los dioses y el dueño del Universo. Pero, por el momento, no parecía tan sencillo. Antes era necesario destronar a su padre, el malvado Cronos, quien contaba con el apoyo de sus hermanos, los Titanes.

El Universo entero temblaba: había comenzado la Guerra de los Inmortales.

Durante diez años, desde las alturas del Olimpo, lucharon los nuevos dioses contra los Titanes, y la suerte de la guerra seguía indecisa. El propio Zeus comenzaba a temer que la profecía no llegara a cumplirse. Fue entonces cuando decidió consultar a su anciana y sabia abuela, Gea, la Madre Tierra.

—Cronos tiene enemigos poderosos —le dijo Gea—. ¡También ellos son mis hijos, aunque sean deformes! Si liberas de sus cadenas a los Cíclopes y a los Hecatónquiros, atrapados en el Tártaro, ellos te ayudarán a vencer a tu malvado padre.

Entonces Zeus bajó a las oscuras profundidades del Tártaro y desencadenó a los Cíclopes, gigantes con un solo ojo en medio de la frente, y también a los Hecatónquiros, los monstruos de cincuenta cabezas y cien brazos. Los dioses olímpicos los invitaron a su morada cerca de las nubes, y compartieron con ellos sus exquisitos alimentos, el néctar y la ambrosía. Así, los convirtieron para siempre en sus aliados.

Agradecidos por su liberación, los Cíclopes le regalaron a Zeus tres armas invencibles: el Trueno, el Rayo y el Relámpago. Le entregaron a Hades un casco que lo hacía invisible. Y le dieron a Poseidón un tridente tan poderoso que con un solo golpe podía hacer temblar la tierra y el mar.

La batalla final fue atroz. Luchaban entre sí seres gigantes, que podían causarse terribles heridas, podían triunfar o ser derrotados, pero no podían matarse unos a otros, porque todos eran inmortales. Mujeres y varones luchaban sin descanso, sin piedad. Cada uno de los Hecatónquiros levantaba enormes rocas con sus cien manos. Después avanzaban los tres juntos hacia delante, arrojando trescientas rocas al mismo tiempo sobre los Titanes. Zeus lanzaba sus terribles rayos, Poseidón provocaba terremotos y Hades, invisible, parecía estar en todas partes al mismo tiempo. El mar resonaba, vibraba el monte Olimpo desde su pie hasta la cumbre, el Cielo gemía estremecido y las violentas pisadas retumbaban

en lo más hondo de la Tierra. Los bosques se incendiaban y hervían los océanos.

Cegados por la violenta luz de los rayos y la humareda que se levantaba de los incendios, semienterrados por la lluvia de enormes piedras, los Titanes fueron vencidos por fin. Zeus los condenó a ser encadenados en el Tártaro, donde los Hecatónquiros se convirtieron en sus guardianes.

(Si un yunque de bronce bajara desde la superficie de la Tierra durante nueve noches con sus días, al décimo día llegaría al Tártaro, tan profundo es ese abismo, horrendo incluso para los dioses inmortales).

Victoriosos, los dioses decidieron repartirse el poder. Para evitar más luchas, hicieron un sorteo. A Zeus le tocó el cielo, Poseidón obtuvo dominio sobre el mar y Hades se adueñó del mundo subterráneo.

Pero Zeus, el rey de los dioses, gobernó además sobre todos los mortales y los inmortales.

Y sin embargo, el Universo no estaba en paz. Gea, la Tierra, se revolvía, furiosa. ¿Cómo se había atrevido su nieto, el soberbio Zeus, a encerrar a sus propios tíos en el Tártaro? Como madre de los Titanes, Gea no podía permitir que los nuevos dioses gobernarán el Universo. Por el momento, los Olímpicos habían triunfado. Pero Gea meditaba su venganza.

Tifón, el horror

Gea, la Tierra, estaba enfurecida contra Zeus y los Olímpicos. Para vengar a sus hijos, los Titanes, cuidaba y alimentaba desde hacía siglos a Tifón, el horror absoluto.

La diosa Hera, esposa de Zeus, siempre estaba celosa de su marido (con buenas razones). No le costó mucho a Gea convencerla de que Zeus se había portado mal con ella una vez más. Loca de celos, Hera fue a ver a Cronos, el Titán de mente malvada y retorcida, que estaba encadenado en el Tártaro, y le pidió ayuda. Cronos, que odiaba a su hijo Zeus, le entregó a Hera dos huevos que debían enterrarse juntos.

—Una sola criatura nacerá de los dos —dijo con voz torva—. ¡Un demonio capaz de vengarte!

Así nació Tifón, que no era un ser humano, ni un dios, ni una fiera. Hera se asustó al verlo, pero Gea se lo llevó con ella para criarlo y prepararlo para enfrentar a los Olímpicos. Era el monstruo de los monstruos, tan alto que su cabeza rozaba las estrellas. Cuando abría los brazos,